

Símbolos oníricos, contexto social y enfermedad en niños en el actual Valle de Chalco

JUAN LUIS RAMÍREZ TORRES*

Oniric signs, social context and child illnesses in Valle de Chalco, Mexico

Abstract. As a result of an investigation carried out by the Universidad Autónoma del Estado de México, and with data obtained from the urban population of Valle de Chalco, the article presents the oniric material of interviewed children related to socioeconomic and health contexts, where they are living. With this information, it appears that the infantile conception about their illnesses keep a total vision of the factors that coincide in it, vision that proves the need to attend over the health within the infantile population from the same perspective.

Introducción

Como producto de un estudio realizado entre 1990 y 1993 respecto a las formas culturales de enfermar en niños de Valle de Chalco, se ofrece aquí el material relativo a las figuras simbólicas presentes en niños que están asociados con estados considerados como patológicos, desde el punto de vista infantil. Dicho material representa una veta inexplorada para la comprensión de la noción salud-enfermedad vivida por el individuo —en este caso el niño— con el objeto de atender la dimensión humana del sufrimiento implicado en la enfermedad.

Se consideran dos campos fundamentales: el contexto en que viven los niños del caso (habitantes del Valle de Chalco); y los relatos oníricos infantiles que escolares de tercero y cuarto grado (entre 8 y 11 años de edad) redactaron al realizar actividades en el aula. El análisis de ambos permite llegar a interpretaciones sobre las concepciones culturales que los niños simbolizan en sus sueños y que permiten el acercamiento a la manera en que experimentan su enfermedad desde una perspectiva global, es decir, no separando el padecimiento físico de las experiencias emocional, familiar y social.

I. El contexto

1. *Demografía.* El municipio mexiquense de Valle de Chalco incrementó su población de 78,393 habitantes en 1980 a 183,076 en 1990, lo que significó un aumento de 133.5%; ello obedece principalmente al crecimiento social derivado de la inmigración, que encuentra en el valle un sitio propicio para asentarse y construir viviendas. Los nuevos vecinos del municipio provienen de lugares como el Distrito Federal (45.8%), Oaxaca (12.6%), Puebla (11.7%), Veracruz (5.3%), Michoacán (5.0%), Guerrero (4.3%), Hidalgo (4.2%) y Guanajuato (3.2%) (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática, 1991).

2. *Economía.* Con base en cifras del *XI Censo general de población y vivienda*, 28.7% de los habitantes del municipio de Chalco se ocupaban en la industria manufacturera, 17.7% en el comercio, 12.1% en la construcción, 12.1% en servicios personales y mantenimiento, 5.4% en transporte y comunicaciones, 4.3% en administración pública y defensa, 3.7% en servicios comunales y sociales, 3.6% en servicios, restaurantes y hoteles, otro 3.6% quedó como "no especificado" y 1.6% correspondió a servicios profesionales y técnicos. El resto se distribuyó entre minería, extracción, electricidad, y servicios financieros, a excepción del 6.1% relativo a actividades agropecuarias. Como se observa, la mayoría de los empleos son ocupaciones de baja remuneración y limitada seguridad en la constancia de ingresos, lo que conlleva un bajo nivel económico que explica la razón de encontrar en Valle de Chalco un terreno accesible a las posibilidades de sus habitantes, dado su relativo bajo costo y susceptible de ser convertido

* Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Salud Pública, Facultad de Medicina, Universidad Autónoma del Estado de México.

en vivienda, a pesar de la lejanía, inseguridad y falta de servicios que caracterizan al sitio.

3. *Familia.* En términos aproximados, las unidades familiares se componen en 60% de familias nucleares, mientras que el porcentaje restante corresponde a familias extensas. Ya en los estudios sobre la familia urbana mexicana –como de otros países– Oscar Lewis (1986) observaba la importancia de la familia extensa en situaciones de pobreza económica, como un mecanismo de organización social asociado a la adaptación urbana. Estos mecanismos poseen implicaciones de reciprocidad económica –cobijo en el hogar de la familia extensa y participación de la canasta común familiar– cuyos beneficios no están exentos de contradicciones entre los miembros que ocupan una misma casa. De aquí que una parte de los integrantes de la unidad doméstica, generalmente las nucleares que comparten los espacios habitacionales en el interior de una familia extensa, anhelan contar con su propia vivienda. Sin embargo, la inseguridad económica imperante orilla a mantener siempre latente la opción de aquella otra casa, la de la familia extensa, en calidad de reserva para contingencias. Esta situación explica las proporciones de 60 y 40%, para las familias nucleares y extensas respectivamente, como un oscilar entre la independencia y la sujeción, la responsabilidad total de la manutención o el compartir ingresos, todo ello debido a la inseguridad económica en que se encuentra la población migrante.

Respecto a la composición familiar, existen familias nucleares que hoy en día podrían ser catalogadas como “numerosas”, en la medida en que cuentan con más de tres hijos, las cuales representan aproximadamente 58%, frente a las que tienen entre uno y dos hijos, que suman 42%; esto indica que más de la mitad de las mujeres rompe con la sugerencia de un par de descendientes como máximo, a pesar de las posibilidades efectivas de evitar embarazos. Queda así entonces la interrogante sobre cuáles son los motivos que hacen tomar dicha actitud.

Sin que se pretenda dar una respuesta completa a tal cuestión, sí es importante mencionar que muchos de los padres y madres conocidos y entrevistados tienen por pivote de sus actividades y metas a sus descendientes, lo que lleva a considerar que en más de una ocasión hombres y mujeres al entrar en relaciones matrimoniales encuentran “programas de vida”, es decir, razones de vivir por alguien: sus hijos. En una situación en que la falta de estudios y las limitaciones económicas y profesionales hacen que la vida transcurra en ocupaciones monótonas y alienantes, el espacio familiar, en su sentido de paternidad, posibilita abrir un sendero por el cual seguir su

existencia. En este sentido se entiende por qué las políticas de control natal no siempre tienen el éxito esperado en la medida en que evitar tener hijos significa, en estos casos, mutilar proyectos de vida.

Establecidas las parejas y unidas por la paternidad común de un niño, el desarrollo de esa relación matrimonial –en cualquier modalidad– puede tener diversos destinos. Las mujeres entrevistadas con hijos –y por lo tanto en algún momento relacionadas con un hombre, padre de su progenie– observaron las siguientes proporciones en cuanto a su estado civil, según lo declarado por ellas mismas:

ESTADO CIVIL DE MUJERES CON HIJOS	
ESTADO CIVIL	%
CASADAS POR LO CIVIL	28.3
CASADAS POR LA IGLESIA	3.3
CASADAS POR LO CIVIL Y LA IGLESIA	50.0
UNIÓN LIBRE	17.3
Viuda	1.1

FUENTE: ENTREVISTA.

De entre todas las opciones mencionadas sobresale el de las mujeres casadas por lo civil y la iglesia (50%), esto significa que la mitad de las mujeres responde a las expectativas de la norma social que indica realizar matrimonios “ante Dios y ante los hombres”, lo que les otorga legitimidad completa. Sin embargo, hay otra mitad cuya unión no cumple dichos requisitos, al estar casadas o sólo por la iglesia o sólo por lo civil, o bien sin ningún tipo de “formalidad”, que es el caso de la unión libre. Estos porcentajes señalan que la mitad de las mujeres participa de un matrimonio unido “para siempre”, en tanto que la otra mitad no mantiene la expectativa de permanencia matrimonial, lo cual indica cierta elasticidad en su relación de pareja. Al considerar los valores culturales vigentes en la sociedad mexicana global, se encuentra que un matrimonio civil o religioso presupone un compromiso mayor que aquellos efectuados solamente por lo “civil” o establecidos en unión libre; a éstos no se les asegura –socialmente– permanencia a largo plazo, lo que da posibles fracasos conyugales. De ser así, entonces la mitad de las mujeres con hijos estaría en situaciones de matrimonios inestables y cuya descendencia tendría que quedar bajo el abrigo de uno de los padres, o distribuirlos entre ambos, aunque el resultado más frecuente es que queden bajo el cuidado de ella. Esta situación señala la fuerte participación de la madre en la reorganización de la unidad doméstica. Sobre el asunto Oscar Lewis (1986) hace referencia a la *matrifocalidad* como una estrategia de organización

familiar en las condiciones de pobreza que se viven en una parte de la población urbana.

Por lo anterior, si bien la mujer en nuestra sociedad contemporánea muestra una actitud de subordinación frente al hombre, también cumple una función cohesionadora en la unidad familiar, no simplemente en calidad de símbolo, sino activamente al influir sobre la decisión y comportamiento de los hombres que dependen de ella: sus hijos y nietos. Esta figura las hace enfrentarse con la opinión y actitudes de otras mujeres: suegras y nueras principalmente; y en donde los hombres pasan a una posición de ejecutores –en tanto que son la “cabeza de la familia”– de las decisiones de otra instancia: *su mamá, la abuelita, la hermana casada, o la tía* “que siempre ha visto por ellos”. Esto lleva a reconsiderar los roles sexuales a partir del análisis, no del estatus socialmente reconocido, sino de las estrategias adoptadas por los sexos según su ubicación en las relaciones de parentesco. Si bien esta importancia de la *matrifocalidad* es compartida por otros estratos sociales y regiones, más allá de la sociedad de migrantes del Valle de Chalco, es importante explicitar su presencia y función cohesionadora al indicar que los niños del lugar crecen al cobijo de una familia nucleada por una *mujer-madre*.

En síntesis, la figura ideal de la familia nuclear sostenida gracias al trabajo del padre, jefe de familia y la asistencia de la esposa en las labores domésticas, por cuya conjugación los hijos pueden asistir a la escuela y desarrollar su educación formal (escolar) e informal (la otorgada en el seno familiar), resulta una figura lejana e irreal. Por el contrario, aquí impera un proceso de recomposición social-familiar en el que las pautas de nupcialidad, composición y roles de los parientes, son reconfigurados a partir del carácter cohesionador de la imagen materna, papel que es cumplido por alguna mujer desde su condición biológica de madre o al asumir por sustitución dicho rol. Por lo tanto, la dinámica de inestabilidad económica incide en las relaciones afectivas maritales, las que a su vez repercuten en la permanencia o disgregación familiar y de aquí sobre la estabilidad anímica y física de los niños.

4. *Enfermedades*. Las infecciones respiratorias (IRA) alcanzan los niveles de mayor frecuencia, seguidas en orden de importancia por los padecimientos gástricos (GEPI), micosis y amibiasis, según datos del Instituto de Salud del Estado de México para 1991. Por su parte el Instituto Mexicano del Seguro Social Unidad 180, de Xico, para 1992 contabilizó las IRA como las más frecuentes, seguidas de enfermedades de la cavidad bucal, infecciones intestinales y parasitosis.

Los padecimientos registrados por las instituciones coinciden con lo declarado por madres y niños durante entrevistas efectuadas en el lugar; sin embargo, ocurre que mientras los médicos ven síntomas o signos en la tos o la fiebre, las madres y niños las conciben como enfermedades en sí mismas, por lo que deben ser atendidas en su particularidad y no como parte de una situación más compleja; de aquí que en cuanto desaparece “esa enfermedad”, tos o calentura, se considera que el enfermo ha sanado.

II. Simbolización del ambiente

Al ser el niño una “especial antena”, particularmente receptiva y sensible al entorno familiar, social y físico que le rodea, las percepciones que recibe son codificadas por él a partir del sistema cultural del que forma parte. Debido a que se encuentra en proceso de socialización y endoculturación, es decir, en una etapa de aprendizaje y asimilación de las formas sociales y culturales propias de su entorno, el código cultural por él manejado no se encuentra totalmente socializado, pues existe todavía una carga de códigos individuales cuyos significados son entendidos únicamente por su creador. En consecuencia, las manifestaciones simbólicas de las percepciones de su ambiente se expresan de manera combinada entre socializadas e individualizadas (Piaget, 1979).

Un ejemplo de ello, y canal de expresión particularmente rico, es el de los sueños. Aquí, el niño – como el adulto– recrea sus experiencias de manera explícita o metafórica, como sucede comúnmente en las experiencias oníricas cargadas de significados (Freud, 1979), ofreciendo un material compuesto de símbolos infantiles derivados de su vida cotidiana. Dada esta riqueza, se exponen a continuación sueños escritos por los propios niños.¹

Se registraron sueños en los cuales se pueden identificar, por su constante aparición dentro de los relatos, personajes o componentes que guardan un significado relevante en el sueño, y por lo tanto, importante para la psique y la vida del niño. De entre dichos personajes surgen los padres:

“He soñado que mi papá y mi mamá no estén separados” (niño, 10 años de edad).

Sueño que evidencia claramente los conflictos conyugales de cierta frecuencia, situación antes señalada por los datos del estado civil de la madre. El niño interioriza esos conflictos de manera dolorosa, expresados en espacios privativos del inconsciente a través del sueño a manera de un deseo. Estos mis-

1. La transcripción de estos relatos fue hecha por el autor tal como los propios niños los escribieron.



mos conflictos matrimoniales son simbolizados de otras formas:

“Que estaba con mi mamá y un señor echó una bomba y explotó y no volví a ver a mi mamá” (niña, 9 años).

“Soñé que mi mamá tuvo un bebé; lo bautizaron y mi papá la dejó sola y se fue con otra mujer y tuvo un hijo; luego la dejó y se fue con mi mamá” (niño, 9 años).

En el primer caso se puede deducir que el “señor” no es otro más que el esposo y posible padre de la niña; entiende ésta que ese hombre guarda un deseo de muerte para con su madre, a la vez que dicha situación puede privarle de la presencia de su mamá. El segundo sueño relata fuera de metáforas la oscilación de los hombres entre dos o más mujeres, definiéndose los tiempos de permanencia en una u otra familia, según los embarazos de cada una de sus parejas; cabe notar que al hijo de su madre no le llama hermano, como correspondería, sino “bebé”, mientras que a su medio hermano lo denomina “un hijo”, como si marcara distancias para con ellos y en donde él no se incluye como hermano; es importante mencionar que en otra respuesta del niño –al preguntarle sobre su recuerdo más alegre– contestó: “cuando se cayó mi papá”.

Pero no solamente las madres son blanco de agresiones, también los padres:

“Que mi papá estaba durmiendo y que le jalaban los pies y yo me desperté” (niño, 10 años)

“Que mi papá se iba a trabajar y luego no llegaba, pasaron como dos horas y no llegaba” (niño, 8 años).

“Soñé que mi mamá se casaba con otro y mi papá lloraba y nosotros también. Mi mamá se reía” (niña, 10 años).

¿Quién podría jalar los pies del papá en un relato donde hay tres protagonistas (el padre, la hija que es testigo en el sueño, y ese alguien que jala los pies)? En esta secuencia resulta fácil deducir la muy posible representación de la madre, quien es entonces la agresora del padre. El segundo relato menciona viajes peligrosos cuyas salidas, en este caso al trabajo, resultan riesgosas y donde el foco del peligro es el

padre. El tercero es un caso, de alguna forma, atípico: un padre abandonado –lo que invierte el tradicional esquema en donde la mujer es la víctima del caso– y que provoca la solidaridad no madre-hijos, sino padre-hijos en torno al acto de llorar; a esto se suma el que la madre festeje el acontecimiento por el símbolo opuesto: la risa.

Además de las relaciones afectivas y conflictivas entre los padres, se encuentran las relaciones padres-hijos:

“He soñado con mi mamá, me llevaba a la escuela y que me quería mucho; jugaba conmigo, con mis hermanos” (niña, 8 años).

“Que mi papá me quiere” (niña, 10 años).

“Sueño, es mi papá, que mi papá nos compró muchas cosas y mi mamá nos acariciaba” (niña, 9 años).

“Yo he soñado que yo estaba estudiando mi libro y mi mamá me enseñaba a hacer todo y también me ayudó hacer todo lo que todo las tareas” (niña, 10 años).

Por la forma en que redactan sus relatos se nota que los niños no hacen referencia a un hecho, diciendo por ejemplo “cuando mi mamá nos ayudó...”, sino que escriben: “que me quería mucho...”, “que mi papá nos compró..., [que] mi mamá nos acariciaba”, “mi mamá me enseñaba...” en lugar de “mi mamá me enseñó...”. Por lo tanto, los sueños reflejan un deseo antes que un acontecimiento sucedido y existente; esta interpretación se explicita en el sueño que llanamente dice: “que mi papá me quiere”. Pero también los hijos se sienten culpables para con sus padres:

“Soñé que yo les faltaba al respeto a mis papás porque nada más; porque mi prima Verónica bailó muy bien y llegué a la casa, rompí todos los perfumes de mi mamá y en la noche le pegué a mi mamá” (niña, 9 años).

“Que soy muy bueno con mis papás, con mis hermanos, con mis tíos y que le echo muchas ganas a la escuela” (niño, 9 años).

En el sueño de la niña se observa una relación entre la figura materna asociada con la prima Verónica; se notan sentimientos de agresión hacia los padres, particularmente la madre, lo que resulta en un sentimiento de culpa, ya que les faltó al respeto “porque nada más”. El segundo sueño sigue el mismo sentido, aunque en una figura de deseo: que es “bueno”, porque se siente “malo” y de ahí derivan otras relaciones familiares con hermanos y tíos, concluyendo, a manera de reivindicación o expiación, que “le echo ganas a la escuela”.

Los sentimientos ambivalentes de los hijos hacia los padres, deseo de afecto, por un lado y sentimien-

tos de agresión por otro, se expresan en un juego metafórico más elaborado aún:

“Soñé que me iba al mar y me ahogaba” (niña, 9 años).

“En que me rodean y me matan” (niño, 9 años)

“Que me jalaban los pies y que me llevaban capturada a una casa muy fea y cuando me llevaron a esa casa me amarraron” (niña, 9 años).

“Que me jalaban muy fuerte y me llevaban a una casa con muchos muertos y calacas y luego se movían como momias y aparte estaba ahí la Llorona” (niña, 9 años).

“Que una bruja estaba en mi casa y mi mamá la aplastaba y salía mi primo Toño y se lo llevaba y era una amiga de mi mamá y mi papá y iban a la casa sin mi primo” (niña, 7 años).

“Sueño que me muero, que me lleva el diablo. Soñé que me compraba un carro y una casa. (ilegible) regresando con carros sola” (niño, 10 años).

“Que me hicieron la quebradora” (niño, 9 años).

“Dinero. Soñé que me fui a un peso ondo (¿pozo hondo?). Soñé que me casaba por la iglesia. Soñé que un gigante me cargaba, me aplastaba con sus pies” (niño, 11 años).

“Yo soñé antes que había muchas cosas feas; soñaba que veía al malo del diablo, y a la bruja, a la llorona, y a la momia; que nos perseguían a la casa de mi abuelita y que nos escondíamos en todos los lugares pero nos encontraron” (niña, 8 años).

“Lo del día (ilegible), lo de la llorona, lo de otros moustros” (niño, 9 años).

“He soñado que estoy recogiendo monedas de cincuenta pesos y que nunca se acaba y se me va acercando una bruja y despierto asustado” (niño, 8 años).

“De que estaba con mis amigos y estábamos en un panteón, de pronto apagan las luces y los cuerpos se levantaron y nos persiguieron” (niña, 8 años).

“Con una bruja con lumbre y que me perdía” (niña, 7 años).

“Pesadillas. Soñé con el diablo que se iba a llevar a mi hermana” (niño, 8 años).

“Que me muero, pesadillas y con el diablo” (niño, 9 años).

“Que me (h)e morido, que me tiran de bebé” (niño, 9 años).

“Con el diablo que nos lleva al infierno” (niño, 11 años).

“Que me matan” (niña, 9 años).

“Que me matan”, miedo constante, cuyo número de sueños evidencia su amplia presencia entre niños y niñas.

Los agresores son monstruos, frecuentemente el diablo y la bruja, aunque también aparecen la lloro-

na, cuerpos sepultados en panteones y momias. Los dos primeros personajes dan la pauta de encontrar representados en ellos a los padres: él y ella. Esta afirmación ciertamente es alarmante y poco aceptable, sin embargo la psicoanalista Dorothy Bloch escribe:

“Concluí que los niños están universalmente predispuestos al infanticidio por el estadio de su desarrollo físico o psicológico y que la intensidad del miedo depende de la incidencia de sucesos traumáticos y del grado de violencia y cariño que hayan experimentado [...] Las fantasías infantiles parecían centrarse en el miedo a ser asesinados, pero el desplazamiento del miedo hacia monstruos y criaturas imaginarias estaba obviamente destinado a preservar una imagen idealizada de los padres, de los cuales era así posible recibir el cariño tan esencial para sobrevivir” (Bloch, 1986: 13).

Además de los monstruos, en los sueños se citan animales:

“Un león a mi mamá” (niña, 8 años).

“Yo sueño a veces que estoy en un cerro escarbando, pero cuando de repente alguien me avienta una tarántula o una víbora. Yo les digo: gente maldosa. Es todo” (niña, 12 años).

“Que yo me fui a un paso (¿paseo?) y que había unas víboras y que me comían” (niño, 10 años).

Siguiendo lo sugerido por Bloch, la “gente maldosa” y los animales serían representaciones de los padres. Para el caso del primer sueño, el león posiblemente represente al esposo de la madre en una sensación de peligro para ella.

En sentido opuesto, también surgen animales en versión afectiva donde se asocian a situaciones felices:

“Ir a Chapultepec con mi papá, ir a una feria con mi mamá. Que manejo un carro” (niño, 9 años).

“Soñé que fuimos al parque y que luego fuimos a Chapultepec y luego había changos, tigres, osos panda, y regresamos muy contentos. Eso soñé” (niña, 9 años).

“Que ordeñaba vacas con mi hermano” (niño, 9 años).

“Que va en un (¿basquet?) mi hermanito y que conocía a los animalitos del bosque uno por uno” (niña, 9 años).

Eventos “muy contentos”, en donde son acompañados por sus padres disfrutando del paseo; o bien, obtienen leche de una vaca; las relaciones, como en otros casos, se extienden más allá de los padres e incluye –a manera de interpretación– a otros personajes: “los animalitos del bosque uno por uno”, individuos de su entorno familiar y comunitario. Con todo, los padres así se constituyen en paralelos o,

presumiblemente, fuentes de felicidad, como en el acto de ordeñar.

Junto con paseos, los padres por igual aparecen en compañía de otros sucesos afortunados:

“Que somos muy felices y muy alegres todos los días y que andamos en el día muy contentos jugando, y mi mamá muy feliz porque hace comida rica (¿y seca todo?). Eso es todo” (niña, 11 años).

“Nunca he soñado nada. A veces sueño que comemos juntos mi mamá, mi papá, mis hermanos y yo; mis tíos comen con nosotros” (niña, 9 años).

“Que mi papá me compraba un avión” (niño, 9 años).

“Yo he soñado que mi papá había comprado una casa y a mí me compró un juguete y al día siguiente mi papá compró un carro y cuando desperté pensé que era realidad” (niña, 8 años).

“He soñado que yo era muy feliz con toda mi familia que los (¿nos?) y baños (¿íbamos?) a pasear todos los domingos y los (¿nos?) llevábamos muy bien” (niña, 9 años).

En una parte de los sueños se recrea el deseo de momentos felices rodeados de juegos y comidas, situación que se prolonga a lo largo de todos los días. En oposición a días difíciles o momentos en que, estando la familia bien, surge repentinamente una dificultad y ésta termina en pleito generalizado, propiciando que el padre o los hermanos salgan de la casa y esto impida el deseo de “andar todos juntos”. En los otros relatos se vive oníricamente la adquisición de objetos: avión, juguete, casa, carro; al respecto, estos artículos podrían ser símbolos de otras adquisiciones, es decir, que detrás del avión haya libertad, del juguete afecto, de la casa protección y del carro movilidad, elementos opuestos a las limitaciones de acción, afecto, seguridad y ascenso que imponen las condiciones de pobreza que se viven; esos elementos deberían de ser proporcionados justamente por el padre, jefe de familia y proveedor principal de los ingresos económicos, pero en la realidad sucede que el padre puede estar desempleado o trabajar por una remuneración bastante escasa: “y cuando desperté pensé que era realidad”.

Los padres así se reafirman en los sueños infantiles en su calidad ambivalente: agresores y afectivos. Mientras cumplan el segundo papel su seguridad está garantizada:

“Un día soñé que me iba a caer en un pozo, me salvaba Superman” (niña, 10 años).

“Yo soñé que me casaba por civil, de blanco, y mi mamá era la madrina” (niña, 9 años).

Pero, por el contrario, suele ocurrir que a pesar de su presencia sufren peligros:

“Que yo era muy pequeña, que iba al metro con mi papá y no me agarré bien y me caí en unas escaleras” (niña, 10 años).

“Yo soñé que una vez yo iba con mi papá a su trabajo de mi papá, pero cuando íbamos en el camión vagamos y nos perdimos” (niño, 10 años).

Los eventos de caídas son frecuentes:

“Ayer soñé que me caía en una sanja” (niña, 9 años).

“He soñado en que íbamos a la casa de mi hermana. Que había un pozo y (había) algo y luego se cayó mi hermanito al pozo” (niña, 9 años).

Esta situación señala el carácter débil del padre, por lo que el niño experimenta una imagen devaluada, no-protectora de él. Siente su presencia en una salida, aventura, pero durante el trayecto peligroso el padre no garantiza la seguridad esperada, como la de un *superman* en el otro sueño expuesto. Estos casos no son de ambigüedad sino de incapacidad paterna. Por el contrario, cuando los padres están ausentes en los sueños, se presentan los abuelos:

“Sueño con mi abuelito que se murió. Sueño también que mis abuelitos que se murieron regresan y somos muy felices, pero después se van y me pongo triste porque los extrañó mucho y nunca los olvidaré” (niña, 9 años).

“Yo soñé tenía carros. Jugaba con mis hermanitos y que se murió mi abuelito” (niño, 10 años).

“Yo he soñado que roban en la casa de mi abuelita y también que se robaban a mis hermanas y las mataban” (niña, 8 años).

“Sueño que me voy a la casa de mi abuelita y ver a mis sobrinas y a mi hermana” (niña, 9 años).

“Con mi abuelita, mis tíos y el bebé de mi tía que están en Los Ángeles” (niño, 8 años).

“Con mi abuelita que está en Santa Cruz y mis demás tíos” (niño, 8 años).

A los abuelos se les asocia con la felicidad, con el juego, una casa, los hermanos, los tíos y los sobrinos. Mientras viven ellos hay alegría, cuando mueren suma tristeza, inseguridad y peligro de muerte: “tenía carros”, “robaban la casa... y las mataban”. En relación con este caso de muerte, se observa que en ninguno de los sueños con abuelos se menciona explícitamente a los padres, y en la agresión de robo y asesinato es presumible que los autores sean éstos. En consecuencia, los abuelos resultan la instancia protectora y afectiva por excelencia y sin ambigüedades, a diferencia de la ambivalencia paterna.

Otros protectores de los niños son las divinidades:

“Con diosito” (niña, 8 años).

“Una vez soñé que una víbora me quería matar y yo la vencía (vencía). El otro día soñé a la Virgen de

Guadalupe que me decía: ven. Y se desapareció” (niño, 9 años).

La Virgen de Guadalupe, quien surge después de relatarse el ataque de una víbora –¿el padre o la misma madre?– puede ser la misma madre quien lo defiende del padre o de sí misma. Por su parte, Dios, en la obra de Freud (1984) es una representación del padre –en relación con el complejo de Edipo– y que aquí tienen una connotación protectora. Reiteración de la ambivalencia paterna. Así, ante tantos peligros y cuando los abuelos o las divinidades paternas no pueden auxiliarles, los niños han de protegerse a sí mismos:

“Que soy soldado y manejo un tanque de guerra y un avión” (niño, 10 años).

“Que soy soldado” (niño, 9 años).

“Ser piloto de guerra” (niña, 10 años).

Ese carácter militar implica un estado de beligerancia, de violencia y agresión, y ante lo cual hay que defenderse o atacar. Entonces el niño se hace soldado, se protege en un tanque, en un avión, a la vez que desde ellos ataca o se libera: piloto. Desde estas figuras abre la puerta para recrearse a sí mismo como héroe:

“He soñado que manejo un avión chico como los jets” (niño, 9 años).

“Que yo había salido de la escuela y que me hicieron una fiesta muy bonita” (niña, 11 años).

“Yo soñé el otra vez que yo iba a ser doctor y que curaba a un niño, a una niña y sí se curaban pero muy bien y que me lo agradecían muy agradecidos” (niño, 9 años).

“Soñé que tenía muchos juguetes y le regalaba y mis hermanos (ilegible) primos y jugábamos y ahí terminó mi sueño” (niña, 9 años).

“Que soy doctor” (niño, 9 años).

“Soñé que estaba en un lugar muy bonito y caminé por un rato y luego me encontré a una niña llorando y la calmé y nos fuimos caminando” (niña, 9 años).

“Que era una princesa y que me casaba y tenía un hijo y vivía feliz para siempre” (niña, 9 años).

“Muchos chistes y bromas y ser bueno con mis hermanos” (niño, 9 años).

Héroe valeroso: piloto de jets, o buen estudiante; héroe salvador, protector y generoso, además buen hermano y padre. De soldado pasa a doctor, de víctima a protector: “me encontré a una niña llorando (¿ella misma?) y la calmé...”. El miedo al infanticidio, la experiencia de su inseguridad le hace buscar figuras protectoras –sus abuelos– o constituirse él mismo en su protección; pero a la vez, crea una conciencia de seguridad para los demás niños: hijos suyos, hermanos y primos.

Sin embargo, por igual se encuentran figuras homicidas entre la misma población infantil:

“(ilegible) que me caso (ilegible). Que tengo pape-ras, que estoy muerto, soy yo el diablo (ilegible), que me muerde un perro” (niña, 9 años.)

“Sueño que soy reina y que era rica, que me casa-ba con un muchacho y tenía dos hijos y yo era reina y el era rey y nosotros matábamos” (niña, 9 años).

Acaso sea la reproducción de las agresiones padecidas o una tendencia inherente a la condición de ser padres, se carece de los elementos para dar una respuesta. Los niños así oscilan entre anhelos de afecto y protección o tendencias agresivas. Pero la realidad es compleja de entenderse:

“Ayer soñé que iba navegando por un mar y hoy soñé que me caía de un cerro” (niño, 11 años).

“Cosas feas y bonitas, que me atrapaban y que íbamos de día de campo” (niña, 9 años).

“Que iba en una moto y que saltaba una barda y mi traje de motociclista y me estrellaba” (niño, 9 años).

Cuando la felicidad ha sido alcanzada se presenta un obstáculo en el que el niño se estrella. Se busca la felicidad, la seguridad, el afecto, pero los impedimentos surgen en el último instante. En estos sueños el niño indica deseos que pueden sintetizarse en dos aspectos básicos: afecto e interacción social. Dos ejes que al faltarles devienen enfermedad:

“Yo soñé que me daba cáncer y que no me podía curar y un doctor muy bueno me cura” (niño, 12 años).

“Soñé que moría en un hospital porque estaba enferma de un paro cardiaco” (niña, 9 años).

El niño está enfermo, se siente enfermo, se sabe enfermo, espera que alguien le cure de un padecimiento gravísimo, cosas del corazón: falta de afecto, de contacto humano, amor necesario cuya carencia influye en la salud mental y física del menor (Bowlby 1981); contacto entre individuos que se comunican por una necesidad humana fundamental (Montagu y Matson, 1989), pero que las condiciones de pobreza y laborales que padecen los habitantes de Chalco no les permiten una relación estrecha con sus pequeños.



El afecto se simboliza entonces con la referencia a sufrir un paro cardiaco, siendo entonces un señalamiento de la carencia de relaciones emocionales positivas entre el niño y sus padres, la niña se siente enferma de su cuerpo simbolizado por el corazón, tanto que muere lejos de su hogar, en el hospital –lugar frío afectivamente–.

Conclusiones

Las condiciones económico-sociales experimentadas por una porción de inmigrantes a la ciudad de México y zona metropolitana –que posteriormente encuentran en Valle de Chalco un sitio adecuado a sus posibilidades para adquirir vivienda y abrirse un espacio físico y social de existencia– junto con la incertidumbre sobre la seguridad de empleo, bajos ingresos y pesadas jornadas, hacen que padres e hijos no cuenten con el suficiente trato entre ellos, por lo que las relaciones afectivas quedan limitadas ante los obstáculos que implican los horarios de trabajo y el traslado entre el sitio de empleo y el hogar. A esto se suman las relaciones en el interior de la familia que, impactadas por el factor económico, tienden a organizarse en torno de la madre a manera de mecanismo que responde a la fragilidad financiera de los hombres-padres.

En estas condiciones de escasos contactos humanos, comunicación e interacción afectiva, obstaculizados por factores de pobreza material, los niños registran experiencias cotidianas que transferidas al lenguaje onírico muestran una conexión entre la inestabilidad social, emocional y de salud. Los desequilibrios generados por el subempleo, desempleo y bajos ingresos, impactan a su vez la estabilidad de la unidad doméstica, donde los conflictos intrafamiliares generan rompimientos de las parejas matrimoniales y de las familias nuclear y extensa. Al centro de esta situación se hallan los niños, quienes no cuentan con espacios sociales de reubicación, por que su dependencia de los padres los hace moverse al lado de ellos, ya sea con la madre o el padre; cuando esto no sucede las figuras y roles paterno y materno son sustituidas por abuelos, tíos o hermanos, y en cuyo proceso el papel de la *matrifocalidad* posibilita una instancia de reorganización familiar ante tales circunstancias.

Los efectos sobre la población infantil provocados por lo anterior, inciden en los diversos planos de la *psique* y situación física del niño, lo que significa que las condiciones de carencia afectiva repercutan en la salud toda vez que la situación de salud-enfermedad se encuentra correlacionada con el estado anímico del niño. De aquí que así como el desa-

mor es condicionante para adquirir alguna enfermedad, en sentido inverso, una enfermedad concebida desde la perspectiva médica –bronquitis– o desde la percepción popular –tos–, puede propiciar el acercamiento amoroso de los padres hacia los hijos. La enfermedad a la vez que es un desequilibrio fisiológico, es también un reclamo y un mecanismo por parte del niño para proveerse afecto. La enfermedad es resultado e instrumento de otros desequilibrios, sean socioeconómicos y/o afectivos, ante los cuales la “antena” familiar más sensible responde como un efecto del desajuste y como factor de la cohesión familiar.

Por lo tanto, las concepciones infantiles construidas en sus experiencias oníricas en torno a la salud y la enfermedad, son visiones integrales donde el bienestar físico es sinónimo de bienestar económico, familiar y afectivo. Paralelamente, la enfermedad se presenta asociada a condiciones sociales, familiares y emocionales deficientes. De esta manera, sufrir un dolor físico es síntoma de desequilibrios del contexto en donde habita la población infantil. Para lograr que ellos tengan salud, es necesario entonces reconstituir ese ambiente. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística (28 de enero de 1970). *IX Censo General de Población, 1970*. Estado de México.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática
 ____ (1984). *X Censo general de población y vivienda, 1980*. Vol. 2, tomo 15. Estado de México, México.
- ____ (1991). *XI Censo general de población y vivienda, 1990*. Estado de México, México.
- Bloch, D. (1986). “*Para que la bruja no me coma*”. *Fantasia y miedo de los niños al infanticidio*. Siglo XXI. México.
- Bowlby, J. (1981). *Cuidado maternal y amor*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Freud, S.
 ____ (1979). *La interpretación de los sueños*, Vol. 3. Alianza Editorial. España.
- ____ (1984). *Tótem y tabú*. El Libro de Bolsillo, Alianza Editorial. España.
- Lewis, O. (1986). “La cultura de la pobreza”, en *Ensayos Antropológicos*. Grijalbo. México.
- Montagu A. y Matson, F. (1989). *El contacto humano*. Paidós. México.
- Piaget, J. (1979). *La formación del símbolo en el niño*. Fondo de Cultura Económica. México.